

ENCUENTRO ENTRE MUNDOS: Algunas pistas para la intervención psicológica con jóvenes

Grupo de Investigación Bienestar Universitario: Joven y Contexto
Universitario. Fundación Universitaria Sanitas 2006
Documento de reflexión no derivado de investigación

Ana Elvira Castañeda-Cantillo^{*}
Javier Fernando Quintero-Olivar^{**}
Paola Andrea Mejía-Gómez^{***}

Resumen

Este artículo presenta una mirada reflexiva frente a la relación entre el mundo de los jóvenes y el mundo de los adultos, a partir de nuestras experiencias de intervención en psicología clínica y educativa con jóvenes universitarios de la Facultad de Enfermería y Medicina de la Fundación Universitaria Sanitas. Los jóvenes están necesitando una presencia más cercana de los adultos en sus vidas. En este sentido, cabe preguntarnos ¿cómo podemos

* Terapeuta del lenguaje y la audición, psicóloga, especialista en docencia universitaria, magister en psicología clínica y de familia, directora de bienestar universitario, Fundación Universitaria Sanitas. Directora de la línea de investigación joven y de contexto universitario, Fundación Universitaria Sanitas. Correo electrónico: aecastaneda@unisanitas.edu.co.

** Psicólogo, magister en psicología clínica y de familia, docente experto, Fundación Universitaria Sanitas. Investigador de la línea de investigación joven y de contexto universitario, Fundación Universitaria Sanitas. Correo electrónico: jfquintero@unisanitas.edu.co.

*** Psicóloga, consejera de bienestar, Fundación Universitaria Sanitas. Investigador de la línea de investigación joven y de contexto universitario, Fundación Universitaria Sanitas. Correo electrónico: pamejia@unisanitas.edu.co.

promover mayores encuentros entre estos dos mundos? Para alimentar la reflexión, retomamos voces de autores en los campos jurídico, psicológico, religioso, sociológico y antropológico; la hipótesis orientadora del ejercicio reflexivo gira en torno a la apuesta hacia una mirada apreciativa de los recursos y competencias que tiene el joven, para que a partir de ésta, los adultos nos aproximemos y así acompañemos a los jóvenes en la construcción y consecución de sus sueños personales y profesionales.

PALABRAS CLAVE AUTORES: *Jóvenes universitarios, intervención psicológica, mirada apreciativa.*

PALABRAS CLAVE DESCRIPTORES: *Relaciones profesional-Familia, Bienestar de la juventud.*

Abstract

This article presents a reflexive look about the relationship between youth and adult world. It comes from our experience during clinical and educational psychology interventions with the Nursing and Medicine young students at the Sanitas Foundation University. More than ever, youth people need a closer presence from the adults in their lives. But, how can we promote that approximation between these two worlds? To feed such reflection, we took different authors in the legal, psychological, religious, sociological and anthropological fields. The orientation hypothesis turns around the appreciative look of the resources and skills that the young people have; so that we, the adults, can make a real approach and join them during the construction and achievement of their personal and professional dreams.

KEY WORDS AUTHORS: *young people university, intervention psychological, appreciative look.*

KEY WORDS PLUS: *Professional relationships-family, Youth Welfare.*

Resumo

Este artigo apresenta uma mirada reflexiva perante a relação entre o mundo dos jovens e o mundo dos adultos, partindo das nossas experiências de intervenção a psicologia clínica e educativa com jovens universitários da Faculdade de Enfermagem e Medicina da Fundação Universitária Sanitas. Os jovens estão necessitando de uma presença mais próxima dos adultos nas suas vidas, neste sentido, cabe perguntarmos ¿como podemos promover maiores

encontros entre estes dois mundos? Para nutrir a reflexão, retomamos vocês de autores nos campos jurídico, psicológico, religioso, sociológico e antropológico, a hipóteses orientadora do exercício reflexivo gira entorno á propor uma mirada apreciativa dos recursos e competências que o jovem tem, para que, partindo desta, os adultos fiquemos perto e os acompanhem na consecução dos seus sonhos pessoais e profissionais.

PALAVRAS CHAVES AUTORES: *Jovens universitários, intervenção psicológica, apreciei glance.*

PALAVRAS CHAVES: *Relações, profissional-família, meal-estar da juventude. bem-estar da juventude.*

Presentación de la conversación

Ésta es una conversación realizada entre Javier Quintero, Paola Mejía y Ana Elvira Castañeda, que, como equipo de investigación, buscamos compartir nuestras experiencias sobre los procesos de ayuda en el espacio de la intervención psicológica en la Fundación Universitaria Sanitas con estudiantes que se están formando en Enfermería y Medicina.

En el equipo de investigación nos preguntamos en torno a los dilemas por los que consultan los jóvenes y por la necesidad imperiosa que nosotros tenemos como profesionales de la psicología de construir cada vez más nuevas propuestas de intervención que nos acerquen y nos permitan aproximarnos al mundo de los jóvenes de hoy. En este sentido, inicialmente describimos lo que ocurre y hacemos cuando los jóvenes nos consultan. A partir de ahí, animamos esta conversación y es la siguiente: hemos encontrado que cuando los estudiantes consultan, vienen a compartirnos sus historias de vida que son caracterizadas en que en algunos momentos hay distanciamientos con el mundo de los adultos cercanos (padres, maestros, tutores, amigos y familiares), relatos que además se enmarcan en conversaciones que no permiten una cercanía hacia los mundos emocionales de estos adultos, con lo cual, si lo logran, podrán sentirse con tranquilidad y confianza en sus propias capacidades para afrontar de una manera efectiva sus problemas.

Iniciación de la conversación

- Ana Elvira: Parece que cuando los jóvenes buscan el apoyo en los adultos, algunas veces lo que nosotros hacemos no se sintoniza con los lenguajes propios del mundo de los jóvenes. Estos mundos no se

están encontrando y jóvenes y adultos nos estamos distanciando. Sería un reto interesante que nos preguntáramos a nosotros mismos —en este caso, psicólogos— ¿qué necesitamos hacer desde nuestro ejercicio profesional para reducir esas distancias y rupturas, para poder estar más sintonizados con lo que los jóvenes requieren cuando piden ayuda?

Para ello tendríamos que cuestionarnos la manera en que nos hemos representado a los “jóvenes”; algunas versiones en la Psicología enmarcadas en el paradigma del déficit reconocen ese momento del ciclo vital personal llamado “adolescencia”, como un momento crítico y de mucha dificultad en la vida del ser humano, puntuando al joven como alguien que está en un mundo de caos estéril, confuso y que no tiene las suficientes habilidades, potencialidades y competencias en los órdenes relacional, emocional y cognoscitivo para afrontar las crisis propias de los humanos y que también son una vivencia en este momento de la vida.

Comprender que los jóvenes requieren ser reconocidos por los adultos como seres competentes y capaces de afrontar sus dificultades, sin rótulos que enfatizan lo inadecuado, lo que funciona mal (1), sino desde aquello que saben hacer, es decir, desde un paradigma apreciativo, identificando sus recursos y competencias, me ha ayudado mucho en el ejercicio profesional para establecer un contacto emocional que me permita ver un ser humano que está luchando por resolver situaciones, que es actor y autor de historias de vida que posibilitan el éxito en la búsqueda de sentidos de vida.

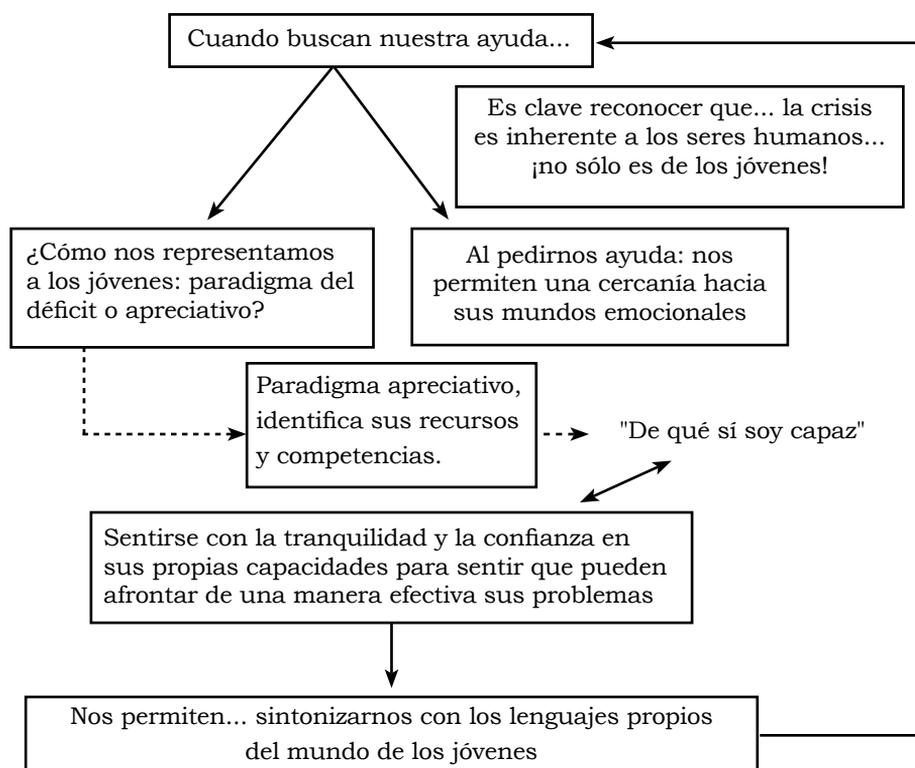
Ver al joven como a todos los otros humanos desde una perspectiva apreciativa, implica reconocer que estar en momentos de crisis es una oportunidad para que nos aproximemos al joven y junto a él, visibilicemos aquello que sí tiene y que le ha permitido en la vida ser un maravilloso ser humano. La crisis de alguna manera se vuelve una muy buena oportunidad y una buena posibilidad para que el ser humano se mire a sí mismo, reconozca lo que sí tiene y afronte de una manera exitosa sus dificultades. Es decir, una mirada apreciativa nos permite no solamente reconocer la posibilidad de ser conquistadores y constructores de nuestra vida, sino además comprender la crisis como la posibilidad de que nuestro espíritu de conquistadores y actores en la construcción de nuestras historias de vida, puede circular de una manera incluso más libre que en otros momentos de la vida.

- Paola: Esto que acabas de mencionar me hace pensar en el hecho de que la crisis no es propia solamente de los jóvenes; como Frank Pittman plantea, las crisis en la terapia familiar (2), pues no existe un solo tipo de crisis. Se encuentran las crisis por desgracias inesperadas, las crisis estructurales que terminan generándose por dificultades recurrentes,

las crisis por desvalimiento y las crisis de desarrollo. En esta última, el autor nos invita a pensar que si hablamos de estadios de desarrollo, parece inevitable una crisis de algún tipo en cada estadio. De esta manera, cada ser humano -independientemente de si es adolescente, joven o adulto- va a tener que vivir algún tipo de crisis; las crisis no operan de manera “pura”, sino que se superponen en diferentes momentos de la historia de vida; pero ello no implica que se vea a la familia o a los miembros de la familia como caóticos. Esta visión nos llevaría a pensar que hay que “sacar” las crisis de las personas, y lo que el autor plantea es lo que tú has mencionado, Ana Elvira: reconocer la crisis como oportunidad para el cambio y el crecimiento en la interacción, es ver la crisis también de manera apreciativa.

Podríamos presentar estas ideas en el siguiente mapa.

Figura 1. La consulta como un encuentro con el mundo de los jóvenes



Fuente: elaboración de Ana Elvira Castañeda, con base en intervención en consejería psicológica con jóvenes universitarios, Fundación Universitaria Sanitas, 2006.

- Javier: Otro principio que me ha acompañado en las intervenciones con los jóvenes es “el curiosear”, pues permite poner en escena las preguntas reflexivas; invito al joven a mirarse y a explorar nuevas formas de relacionarse con otros, invito también a que ese tipo de relación se vuelva un recurso en su mundo, lo cual potencia dichos recursos, es decir, explorar cuáles son sus habilidades más sobresalientes que emergen cuando está con sus amigos, pareja, familia o enfrentado a los dilemas en su vida.

- Ana Elvira: Me gustaría que tú precisaras un poco cuando utilizas la categoría “curiosear” desde una comprensión sistémica, qué implica asumir una postura curiosa. Creo que sería diferente a la expresión “sacar información”, que podría llevarnos a meternos en el mundo del joven de una manera intrusiva.

- Javier: Mi comprensión del curiosear va más en términos de “explorar desde el conocer, desde el preguntarse de una manera autocrítica”, por así decirlo; es cuestionarse frente al otro y también conmigo mismo; considero que ese curiosear aflora en algunos espacios en particular, sobre todo entre pares, entre coetáneos, y uno lo vivencia también aquí en Unisanitas, por ejemplo, frente a su sistema de Aprendizaje Basado en Problemas (ABP), pero eso también se traslada a contextos, lugares o espacios que no son netamente académicos y que en parte se vuelven también recursos para ellos, para los jóvenes, pues en algún momento desde posturas apreciativas los invita a reflexiones “desde” y “hacia” los otros en lo cotidiano.

- Ana Elvira: Asumir una postura curiosa —me refiero a postura como una posición ante la vida— en la intervención, me ha permitido ver que los jóvenes son seres humanos tan sensibles al establecimiento de vínculos afectivos con el otro que ellos se dan cuenta de cuándo tú curioseas desde un interés genuino y una curiosidad vital y no haces un interrogatorio con preguntas, sino porque te interesa genuinamente el dilema que toca a ese ser humano. Creo que ellos, metafóricamente hablando, son “sensores” para identificar quién se acerca a ellos y les pregunta desde un interés por conocer y reconocer aquello que sí puede hacer el otro; aquellos adultos que a veces “preguntamos por preguntar”, expresión muy usada por los jóvenes para referirse a que a veces padres, familiares, maestros y en general otros adultos les preguntan “que cómo estoy, por preguntar pero no me están mostrando en su pregunta el querer encontrar en mi mundo respuestas que le sean interesantes”. Curiosear requiere que exploremos para contactarnos y encontrarnos con un ser humano diferente a nosotros y que desde allí tienen múltiples experiencias de vida interesantes. En este sentido, reconocer como legítimos los diversos estilos de ser joven nos posiciona de manera respetuosa y potencia el encuentro entre los mundos del joven y del adulto.

- Javier: Frente a la pregunta que hacíamos al comienzo, yo creo que ésta es otra pista.

- Paola: Considero que acercarnos al mundo de los jóvenes de manera genuina lleva a pensar en el curiosear desde el conversar con ellos no sólo desde el día – logo. Divido la palabra, porque el diálogo queda en el plano de la razón; retomo el conversar como lo propone Maturana (3), quien nos invita a considerarlo como la relación entre el lenguaje y las emociones.

Posiblemente, acercarnos a ellos desde lo emocional implica querer explorar y aprender de su mundo, como lo menciona Maturana, un co - emocionar armónico que parte de la aceptación de la legitimidad del otro, aunque, a veces, por creencias que tenemos sobre el joven, se hace difícil verlo como alguien que necesita aprender de nosotros, los adultos, y no nos permitimos sentirnos en la necesidad de aprender del joven, más aún, por lo que mencionabas anteriormente, los vemos en “crisis” desde el déficit. Entonces, pensamos que los jóvenes son los que tienen que salir de la crisis y no vemos que es en estos momentos cuando los podemos acompañar de manera más cercana y no empezar a distanciarnos de su mundo.

Figura 2. Oportunidades en la historia de vida del joven, desde una perspectiva apreciativa



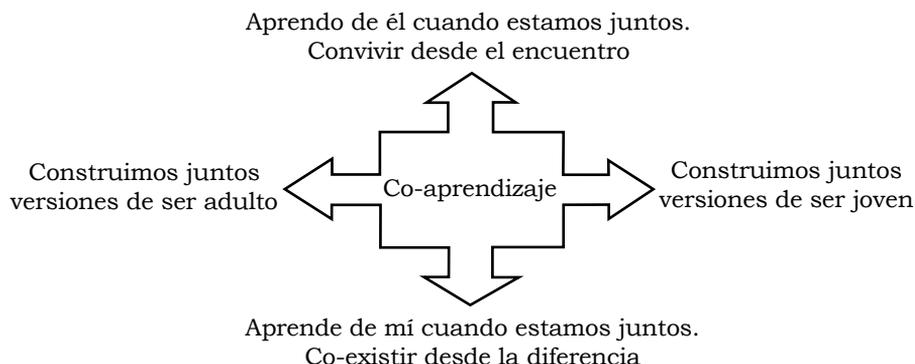
Fuente: elaboración de Ana Elvira Castañeda, con base en intervención psicológica con jóvenes universitarios, Fundación Universitaria Sanitas, 2006.

- Ana Elvira: Eso que estás diciendo me hace pensar en el principio sistémico de la interconexión o interacción dinámica, en la cual cada sujeto está afectado y afecta al otro con quien se relaciona (4) y en ese sentido, los problemas no están dentro de las personas, sino que se construyen en las relaciones entre ellas: por ello, en la relación adulto - joven, tanto el joven tiene que resolver sus propios dilemas para aproximarse al mundo adulto, como también nosotros, los adultos, tenemos que resolver nuestros propios dilemas para acercarnos al mundo del joven. En este sentido, habría que preguntarnos: ¿cómo se da el proceso de aprendizaje entre adultos y jóvenes en la cotidianidad? y ¿solamente el aprendizaje se da unidireccionalmente, es decir, el joven pequeño inexperto y turbulento, aprende de un adulto que, supuestamente, por la edad y la experiencia, está maduro? Creo que ese paradigma nos ha cegado un poco y nos ha hecho oídos sordos y miradas muy opacas impidiéndonos reconocer lo que nos enseñan los jóvenes con sus diversos lenguajes sobre la vida, el amor, la lealtad. Por ellos, estamos en una relación de coaprendizaje, reconociendo que en las relaciones humanas existe un otro que como actor invita al otro desde sus competencias a construir caminos e historias de vida juntos (5).

- Paola. Es una relación de coaprendizaje en la diversidad entre jóvenes y adultos, la cual considero se da en varios aspectos, como la diversidad de experiencia a partir de las historias de vida que cada uno construye, la diversidad en las comprensiones que cada uno maneja, la diversidad que nos da el género (6), pero también los aspectos culturales frente al joven y el adulto; de esta manera, se da un espacio de encuentro entre dos mundos que no son polarizados, es decir, no existe el inexperto frente al experto, la confusión frente a la claridad, madurez frente a inmadurez. Hay un espacio de coaprendizaje entre los dos mundos.

- Ana Elvira: Al hablar de coaprendizaje, me sugiere la expresión “hacer con el otro”, considerar “lo tuyo y lo mío”, es decir, el principio de la inclusión tanto del joven como del adulto, que al acercarse pueden coexistir desde la diferencia y sólo desde ésta, encontrarán algo nuevo del otro que vale la pena aprender. Aprendemos de lo diferente, de lo novedoso. Preguntémosnos, entonces: ¿qué estamos dispuestos a aprender del joven cuando nos consulta? Claro, hay un nivel diferente de responsabilidad en nosotros como adultos, como también hay un nivel de responsabilidad del joven diferente; pero debo empezar a reconocer que como adulto no soy el poseedor de una única verdad y que no tengo que decirle al joven lo que debe hacer, sino que mi rol está orientado a diseñar un escenario conversacional que promueva la emergencia de coaprendizaje para la vida, es decir, la solidaridad en la corresponsabilidad, la unidad en la diversidad, entre otros.

Figura 3. Co - aprendizaje entre el adulto y el joven



Fuente: elaboración de Ana Elvira Castañeda, con base en intervención psicológica con jóvenes universitarios, Fundación Universitaria Sanitas, 2006.

- Javier: De esta manera, lo que tú planteas me hace pensar en dos ideas. La primera, cómo desde lo conversacional se invita al joven a recrear espacios de colaboración mutua en pro de la responsabilidad en “Nuestro Mundo” y la segunda idea es la relación existente entre el coaprendizaje, formas de ver la vida y de construcción de la identidad y la crisis. Erik Erikson nos plantea “el conjunto de tensiones inherentes al cambio acelerado en la constitución de la personalidad en identidad en los adolescentes”, propone que “el niño percibe por intermedio de la madre los conflictos derivados de un mundo en el que los cambios se suceden a un ritmo demasiado rápido para la capacidad de asimilación de los individuos. El adolescente percibe con mayor dolor que el adulto las contradicciones que plantea el progreso técnico en la constitución de la mismidad” (7).

“El niño sano que ha crecido dentro de un sentimiento de confianza básica, tropieza al llegar a la adolescencia con un cambio de perspectivas. Dicho cambio se desarrolla en una crisis potencial y crisis sobre todo. La cristalización de dicha crisis no tiene por qué ser catastrófica y, de hecho, no lo es en la mayoría de los casos y de las situaciones históricas”.

Recordemos que este autor tiene una visión psicoanalítica social. En la explicación teórica sobre las crisis y la identidad, Erikson empieza a conjugar factores en el orden biológico, psicológico y social para construir una identidad en el adolescente; entendida esta etapa del desarrollo desde este autor como “principalmente una etapa de desarrollo de una **identidad**, esto es, de la propia e irrepetible individualidad personal, conociéndose a sí mismo y siendo uno mismo. Este desarrollo se verifica en relación con los cambios y con el esfuerzo de síntesis del yo en relación con estos cambios, el joven llega por su propio camino y a

su propia manera a este crecimiento y maduración, pero se encuentra afrontando cotidianamente los problemas que lo rodean” (8). En esas tensiones, en ese desarrollo, se empieza a construir la identidad del adolescente. Pero, como tú lo decías, Paola, es una versión un tanto sesgada para mi juicio, en términos que comprende al adolescente desde sí mismo y después lo empieza a explorar. La identidad es, según esto, una afirmación, *“un sentirse vivo y activo, ser uno mismo, la tensión activa y confiada y vigorizante de sostener lo que me es propio; es una afirmación que manifiesta una unidad de identidad personal y cultural”* (8). Estos dos niveles, el de identidad personal y el de la identidad cultural, interactúan durante el desarrollo y se integran para lograr una unidad cuando se logra culminar exitosamente este desarrollo.

- Ana Elvira: Un mito que también nos ha atrapado es pensar que es en la adolescencia cuando se presenta un “interjuego” de ciertas tensiones y cuando supuestamente se consolida o se construye la identidad. Me pregunto: ¿acaso en la vida no estamos todo el tiempo construyendo identidad? Pero cuando se cree que el comportamiento del joven obedece a una falta de identidad, lo están mirando desde un determinismo en el desarrollo, estableciendo que solamente en ciertas “etapas de la vida pasan determinadas cosas y no en otras”. Es clave cuestionar esta idea. Recordemos que a lo largo de nuestros ciclos vitales estamos complejizando nuestra identidad como profesionales, miembros de una familia, ciudadanos, amigos, etc.; cada vez que finalizamos un ciclo, se abre otro y desde este juego dialógico, aquello que dejamos atrás y aquello que viene, se interconecta para hacer más compleja la reconstrucción de un proceso identitario en el ahora. Me sigo preguntando: ¿a qué nos invita la metáfora de reconocer la construcción del proceso identitario como algo permanente en la vida de los humanos?

- Paola: Eso que mencionas nos invita a pensar que la identidad no se da en el “vacío”, que no sólo el adolescente busca su identidad, sino que ésta se da en un contexto particular dentro de procesos de cambio y si tenemos en cuenta que los cambios son inherentes al ser humano, ello nos conduce a reflexionar que no hay un momento determinado para esta búsqueda. Por ello, hay que considerar que nos encontramos en la búsqueda constante de esa identidad, que es una búsqueda y construcción no sólo propia del joven, es una construcción a lo largo de la vida, como personas, como profesionales y en los diferentes roles que asumimos a diario, y nuestros jóvenes estudiantes también lo hacen, desde su familia, desde la sociedad, desde un mundo globalizado. Es una tarea de adultos, jóvenes, niños, de la misma sociedad, de cada uno de acuerdo con los procesos mismos en los que vive.

En el caso de los jóvenes, no se trataría de una identidad que construyen ellos de manera aislada, pues las familias cumplen un papel importante en esta construcción, como lo plantea Fishman (9). Así mismo, los contextos sociales contribuyen de manera significativa al deber y no ser en la construcción de dicha identidad.

- Javier: Escuchándolas, me hacen pensar en las formas en que la identidad puede ser reformulada, es decir, implica entenderla como una categoría de análisis con historicidad y dinámica propia, en lugar de un concepto estático y ahistórico. Pero también se puede considerar la identidad como un proceso o construcción histórica. En mis intervenciones con jóvenes, he podido observar la construcción de relatos que a veces se “cristalizan en el tiempo” y no permiten la construcción de nuevas historias, nuevos “recursos”.

Por otra parte, también es importante tener en cuenta cómo la categorización de la palabra “Juventud” invita a pensar en lo que hace referencia Bourdieu con lo “atemporal y temporal”, que relaciona procesos simbólicos de poder e identidad. Este autor menciona que este constructo es una construcción constante, pues no se determina adolescente temporalmente en un rango de edad, que comprende ciertos rangos de edad. Creo que el autor nos invita a mirar que “no puede asignarse una esencia atemporal a la palabra juventud sino que ésta básicamente remite a una lucha simbólica de poder, que varía de acuerdo con los distintos campos en los que se produzca”, y, por tanto, “la edad cronológica es un eje a partir del cual se puede clasificar a las personas, el asunto es para qué se clasifican, qué implica esa clasificación y cómo opera en un espacio social concreto”. De esta manera, el sociólogo francés analiza la palabra juventud y señala los usos distintos y sentidos que se le atribuyen a este concepto. Uno, el sentido sociológico en el “que establece un límite etario, porque produce sujetos sociales en relación con prácticas culturales específicas”; dos, el sentido cultural que “produce relaciones sociales, como las que organiza el vínculo joven/viejo que ponen en funcionamiento un modo de organización en torno a la educación y al trabajo”; y tres, el sentido biológico dice que “la edad es un dato biológico socialmente manipulado y manipulable”, para indicar el peso simbólico que existe en torno a los valores socialmente construidos.

Y siguiendo la misma línea y citando a Mario Margulis (10), cuando se “clasifica”, se otorga un “sentido” y un contenido simbólico a pertenecer a una categoría u otra. Por ejemplo, a los jóvenes se les asignan determinadas propiedades o atributos (sean connotados éstos como positivos o como negativos), por el hecho de tener determinada edad, y a los viejos y a los adultos, otros. Como estas asignaciones son también

construcciones simbólicas (y además varían en función del campo en que operen), no podrían nunca considerarse como la *esencia* de una cierta edad, sino producto de lo que en determinados contextos socio-históricos y ámbitos o campos concretos se atribuye.

- Ana Elvira: Sería interesante conectar las dos perspectivas, aunque vienen de paradigmas diferentes, pues nosotros no podemos caer en la pauta de la exclusión. Es interesante retomar el planteamiento de las tensiones que de una manera muy generosa Erikson nos mostró, que en ciertos momentos de la vida se presentan. Al conectarlo con los planteamientos de “atemporalidad” de Bourdieu, no estaríamos necesariamente diciendo que esas crisis sucederían en un orden lineal, preestablecido y predeterminado, sino que serían desde una perspectiva circular —como tú lo has señalado—, en la cual están presentes varias tensiones en un solo momento o en varios momentos las mismas tensiones o diferentes tensiones en ciertos momentos; eso va a depender de nuestras historias de vida. En ese sentido, en esta búsqueda de cómo ser cercanos a los adolescentes sería interesante reconocer en las historia de vida de estos jóvenes cuáles han sido las tensiones que han marcado hitos y que han hecho que su historia se bifurque, es decir, que coja ciertos cursos diferentes a los supuestamente preestablecidos, para comprender esas bifurcaciones y esos hitos de manera significativa y asumir esa postura genuina de curiosidad y aproximarnos a sus mundos de una forma más interesante.

Lo anterior me hace pensar en el nuevo Código de la infancia y la adolescencia (Ley 1098 del 8 de noviembre de 2006) (11), que plantea algunas premisas que están en la línea de lo que estamos conversando. Creo que esta nueva propuesta jurídica está reconociendo al adolescente como un ser humano que tiene múltiples dimensiones, un ser humano complejo como todos los otros, que atraviesa momentos de su vida complejos como también los experimentan el adulto y el adulto mayor. En ese sentido, hay que reconocerlo desde sus dimensiones y sus necesidades; por ejemplo, allí citan que al joven se le debe proveer amor, comprensión y felicidad, propias de sus contextos familiares y, en general, en los diversos contextos donde se mueve. Diría entonces que los jóvenes nos están invitando hoy a recuperar en nuestros sentidos de vida como adultos la vigencia y la importancia que para ellos tienen el amor, el comprender y el ser felices, tres categorías que, en mi concepto, podrían incluirse dentro de una categoría más amplia, que tiene qué ver con el sentido de la lealtad. Los adultos estamos llamados a aprender muchísimo de los jóvenes sobre lo que implica en la vida ser leales. De hecho, uno encuentra que entre sus mundos y con sus iguales le apuestan a la lealtad de una manera tal que casi

son capaces de dar su vida por el otro, y si nosotros miramos esto no como un problema sino como un gran recurso personal del joven, el sentido de la lealtad está relacionado con la complejización de su identidad, de la que hablábamos anteriormente; no necesariamente se construye en ese momento de la vida, sino que se visualiza más al sentir que los otros son importantes para construirse como sujetos dignos, como sujetos autónomos e independientes de lo social.

- Javier: En ese sentido, Ana Elvira, yo te preguntaría de acuerdo con lo que acabas de afirmar: ¿tú crees que en los jóvenes hay también una invitación frente a las coherencias de la lealtad que rige esa relación entre adulto y joven, o es como un llamado que ellos nos hacen a la coherencia en esa lealtad, en esa relación del mundo del adulto y el mundo del joven?

- Ana Elvira: Sí. Yo, por ejemplo, quiero tomar el caso particular de un escenario de intervención que tuve con un grupo de muchachos. El punto central que ellos estaban reclamando era que un docente no los reconocía ni les validaba lo que ellos sí sabían; ellos vinieron a quejarse de ese docente. En la conversación, llegamos a la siguiente reflexión: detrás de su queja, había un pedido directo a este profesor para que les reconociera lo que sí eran capaces, les valorara lo que sí tenían, porque ellos sentían que si partían de que la relación se basaba en la confianza, ellos se sentirían más tranquilos para participar, aportar y sentirse sujetos poseedores de conocimiento en la relación. En ese sentido, ellos estaban pidiendo respeto. Aunque para nosotros, los adultos, oír que se llaman entre sí diciéndose groserías y otras palabras que definimos como un lenguaje muy irrespetuoso, para ellos no lo es. Pero parece que nuestro lenguaje, sin tener que acudir a las groserías, es comprendido por ellos como poco respetuoso para con ellos, al tratarlos no como sujetos actores y constructores, sino como sujetos incompetentes, chiquitos y con problemas; desde una postura excluyente, yo sí creo que ellos están pidiendo una búsqueda de coherencia en la lealtad, como tú lo señalas.

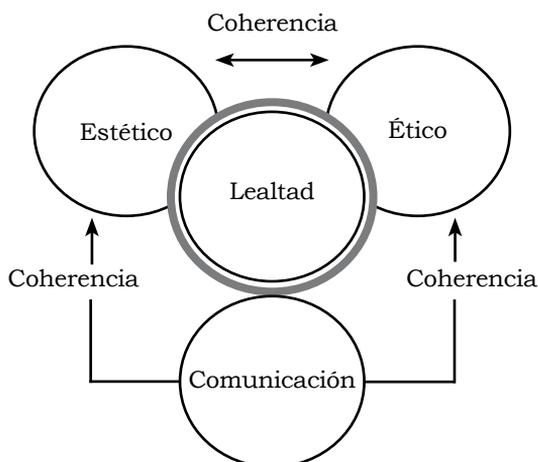
En este orden de ideas, me pregunto: ¿qué sería entonces ser coherentes en la lealtad con nuestros jóvenes, en nosotros como psicólogos? A mí me gustaría continuar nuestra conversación planteando que cuando estoy frente a un joven, tengo que legitimar la relación sujeto-sujeto y no sujeto-objeto, pues cuando yo me considero un sujeto portador de conocimiento, un sujeto con experiencia y con experticia, lo reconozco a él como un objeto, es decir, alguien al que debo cambiar, transformar porque está lleno de problemas, que en el lenguaje técnico serían síntomas, y estoy siendo poco coherente con

el principio humano de la coexistencia desde la diferencia, del convivir con el otro reconociendo que hay estilos, momentos y procesos de vida y, por ende, historias de vida diferentes y desde la corresponsabilidad, porque en ese sentido estarías uniendo que yo no soy responsable solidariamente de estar acompañando al joven desde lo que sí tiene, ha logrado y quiere lograr en la vida.

En el Código del infante y el adolescente, la expresión “corresponsabilidad social” se ha vuelto la invitada especial. La corresponsabilidad nos invita a mirar al joven como alguien que puede aportar pero que también requiere ser apoyado, y no como alguien que tiene un conflicto y que está atrapado en la vida y que tiene que resolverlo para poder salir adelante. Como profesional, como actor de una universidad y como miembro de una comunidad académica, debo estar preguntándome todo el tiempo cómo me muevo solidaria y responsablemente para acercarme a las comprensiones de lealtad del joven y desde allí poder entender —volviendo a tu pregunta— lo que la lealtad implica para ellos y ser respetuosa de sus construcciones, cuestionarlas desde la reflexión, desde la pregunta amable, desde la pregunta que quiere proveer nuevas construcciones, pero no porque esté mal o bien, sino porque cuando el joven busca un encuentro con el adulto para ser acompañado, nos está invitando a construir lenguajes más sincronizados y sintonizados. Eso es ser coherentes en la lealtad para que podamos acceder a su mundo y ellos al nuestro y encontrar posibilidades y sentidos de vida interesantes para ambos.

- Javier: Yo desarrollaría la respuesta a ese interrogante teniendo en cuenta tres aspectos que podría resumir en asumir una postura con el joven desde la estética, la ética y lo comunicacional. A continuación, voy a desarrollar cada una de esas ideas. Lo ético en parte lo has abordado desde el respeto por la diferencia con el otro, con el joven, con sus mundos, con sus ideas, con sus sentimientos, con las formas de ver la vida. El ejercicio ético está enmarcado desde la lealtad que los jóvenes nos invitan a tener en términos de coherencia, pues la corresponsabilidad nos exige de lado y lado y allí está el desarrollo desde lo ético. Desde lo estético, obviamente con la correlación en el sentido de vida que le otorgo yo al hacer y quehacer con el otro y también con la forma de ver la vida y el mundo del joven. Lo comunicacional con un lenguaje apreciativo como ya lo habíamos hablado, con la inclusión y no la exclusión del joven en lo que decimos, no sólo de palabras sino en el término de todo lo que incluye el lenguaje como una forma de ser, de estar, de comportarnos en el mundo y un acoplamiento y un sentido dentro de lo que decimos y hacemos y allí desde esos tres elementos (Figura No. 4). Creo que podemos empezar a respondernos esta pregunta de qué es lo coherente dentro de la lealtad que nos exigen los jóvenes y nosotros para con ellos.

Figura 4. Lealtad desde la coherencia



Fuente: elaboración de Javier Fernando Quintero, con base en trabajo con jóvenes universitarios, Fundación Universitaria Sanitas, 2006.

- Paola: Ser leales también se relaciona con ver al otro como un sujeto con capacidades que redundan en varios contextos. Esto me recuerda una postura que me causó curiosidad, la religión. Hablo del catolicismo, que está retomando al joven como un ser constructor de posibilidades, como un ser constructor de mundos. El Papa Juan Pablo II (12), en desarrollo de las Jornadas Mundiales de la Juventud, que llevó a cabo desde 1984, empezó a puntuarlos no sólo como adolescentes, sino como jóvenes y la juventud como una forma de crecimiento no sólo en el aspecto físico-biológico o en edad, sino que es un crecimiento en cuanto a su postura crítica, o como él lo menciona a su "sabiduría y gracia". Por ellos, se pone en juego una serie de capacidades y se establecen contactos más allá de la familia. De esta manera, los considera como agentes que tienen mucho por aportar al mundo en el momento histórico en el que se encuentran. De esa forma, el Papa Juan Pablo II los mira de manera apreciativa y delega en ellos una serie de responsabilidades, ya no viéndolos como antes nos hacía hincapié la religión. Margaret Mead (13) plantea que antes las diferentes culturas, desde una postura religiosa, los consideraban como seres pecadores, sobre todo en la adolescencia cuando el pecado, las tentaciones y los instintos se "apoderaban" de ellos. Sin embargo, el Papa Juan Pablo II (14) realiza otra mirada y encuentra de cierta forma un lenguaje común con ellos, un lenguaje desde lo apreciativo. En esa medida, la psicología y también desde otros campos se empieza a invitar a ver al joven no sólo como poseedor de problemas o como si la crisis fuera su esencia, sino como un ser capaz, poseedor de recursos y capacidades.

- Ana Elvira: En el nivel nacional, particularmente en el distrito capital, uno empieza a observar que las personas que están liderando procesos o proyectos relacionados con los jóvenes, ya no los llaman adolescentes. En el distrito se les llama jóvenes, no se habla ni siquiera de joven, sino de jóvenes, porque se reconoce su diversidad. En sus planes y programas de acción, se están creando proyectos orientados a reconocer a los jóvenes desde sus sensibilidades y como constructores participativos. En ese sentido, se reconoce a los jóvenes como sujetos que poseen sensibilidades diferentes y particulares como las tendríamos las mujeres de los hombres, como las tendríamos los adultos de los más adultos, como los tendríamos los de Bogotá o los de Medellín, o sea, no es un problema de temporalidad ni de regionalidad, sino de pluridiversidad, en tanto somos seres humanos y los jóvenes obviamente pertenecen a esta categoría. Algo interesante es que se habla del joven como agente actor cultural activo. Fijémonos otra vez que la mirada apreciativa está intervando no solamente el mundo de la intervención y lo psicológico, sino también la intervención en lo social, en lo cultural, en lo antropológico, al reconocerlo como un actor constructor. Entonces se habla de consejos locales de juventud, consejos distritales de juventud y de política pública de juventud. En cuanto a la participación en espacios interinstitucionales y locales, el apoyo y fortalecimiento a organizaciones juveniles, uno encuentra un reconocimiento a este momento de la vida, como tantos otros, que requiere un tipo de participación y de responsabilidad del adulto más coherente y pertinente con sus necesidades y no tratarlos como seres carentes de algo o como adultos en miniatura confusos, porque eso termina distanciándonos más de ellos.

- Javier: Así mismo, tú me haces pensar y reflexionar en el proceso de inclusión del joven que plantean Humberto Cubides, María Cristina Laverde y Carlos Eduardo Valderrama (15), sobre la moratoria social, la cual alude “al tiempo intermedio en el cual los jóvenes, especialmente aquellos de clases media y alta, aplazan compromisos como el matrimonio y procesos como tener hijos para aumentar sus conocimientos, teniendo más tiempo para el estudio y la capacitación. Este tiempo intermedio abarca a grupos numerosos que van articulando sus propias características culturales”.

Este concepto adhiere implícitamente a ciertos límites vinculados con la condición de juventud. Esta etapa transcurriría entre el final de los cambios corporales que acaecen en la adolescencia y la plena integración a la vida social, que ocurre cuando la persona forma un hogar, se casa, trabaja, tiene hijos. O sea, la juventud sería el lapso que media entre la madurez física y la madurez social. Este lapso varía,

sin duda, entre los diferentes sectores sociales y condiciones socioculturales y contexto.

Por otra parte, Ana Elvira, cuando te escuchaba hablar de la participación de los jóvenes, como tú lo resaltas, en todos estos espacios culturales, sociales y políticos de una ciudad como Bogotá, eso me hacía pensar en espacios más “incluyentes” que “excluyentes” para con los jóvenes en sus territorios y en esa “moratoria social”.

- Ana Elvira: A mí me preocupa esa metáfora de la moratoria social, porque me parece que se sigue planteando la juventud como una preparación para ingresar al mundo adulto, pues otra vez es como un preescolar. Uno diría: ¿no será que los jóvenes necesitan —como nosotros, los adultos— seguir haciendo cosas en el ciclo vital en el que estamos para seguir siendo lo que somos, para seguir siendo lo que fuimos y para seguir siendo lo que queremos ser? Porque si seguimos pensando que la juventud es un tiempo de receso, durante el cual no se es ni chiquito ni grande, cuando no se es ni de allá ni de acá, ¿entonces, de dónde sí se es? Y si no se tiene claro por nuestras comprensiones humanas desde la modernidad, desde la certeza, cuando no se tiene claro qué sí se es, caemos en el mito del déficit y de la exclusión. De todo lo que tú has señalado, yo diría que la moratoria social es un constructo como todos, que los adultos nos lo inventamos para entender y explicar lo que termina pasando con unos y otros.

- Paola: Peter Blos (16), desde una perspectiva psicoanalítica, señala que nosotros distinguimos al adolescente (a los jóvenes), a veces como un niño o a veces como un adulto. Entonces, no sabemos hasta dónde exigirle como niño y hasta dónde exigirle como adulto, y nos vemos atrapados en qué y cómo exigirle. Pero cuando vemos que la confusión también es nuestra y no sólo de ellos, empezamos a acercarnos nuestros mundos, porque cuando definimos la juventud como etapa de transición netamente biológica o social, nos cegamos en reconocer hasta dónde sí son capaces y cuáles son sus recursos. Sin embargo, ya hay un cambio en esta comprensión desde lo psicológico, lo social y lo cultural de manera que empezamos a reconocerlos diferentes y por ello se han abierto espacios a la participación de los jóvenes en contextos diferentes a la familia.

La antropóloga cultural Margaret Mead, en sus estudios con adolescentes en Samoa (1927) y Nueva Guinea (1953), plantea hasta dónde la adolescencia se relaciona únicamente con los cambios biológicos desde los que hemos identificado esa transición de niño a adulto. Ella compara diferentes culturas para determinar que la naturaleza de lo humano, de los jóvenes, se vuelve moldeable o flexible a lo que la cultura espera de ellos. De esta manera, se da cuenta de que lo biológico sólo es una

dimensión de lo humano, que no es la única que define a los jóvenes, ni a las demás etapas que vive el ser humano, sino que lo biológico es una dimensión más que nos permite reconocer los cambios físicos pero que lo social, lo cultural o lo familiar definen esas premisas de lo que debe ser o no debe ser, lo que es felicidad, lo que es éxito o fracaso y definitivamente estos aspectos determinan cómo los jóvenes viven o asumen esta “etapa” del ciclo vital, desde lo que para nosotros y para la sociedad es bueno o malo, lo que es permitido y lo que es prohibido, lo que hay que controlar porque se puede volver “peligroso” para la sociedad. También la sociedad crea las formas de control para que los jóvenes recorran el camino que para los adultos es la forma correcta de llegar a una meta que si pensamos desde lo biológico, como lo planteaba Blos, posiblemente esa meta sea llegar a ser adultos y cumplir sus responsabilidades de adultos.

- Ana Elvira: Siguiendo en esa búsqueda de pistas para hacer intervenciones con los jóvenes que nos permitan aproximarnos más a sus mundos, hemos señalado varias: cuestionar la premisa del deber ser. ¿Deber ser para quién? En ese sentido, debemos validarlos desde sus estilos y diversidades y por ellos; entonces uno tendría que hacerse más preguntas sobre cómo para mí es un problema que los jóvenes vistan, hablen, escuchen, bailen, coman, disfruten y gocen la vida de ciertas formas y de ciertas maneras. Así se estaría cuestionando el paradigma de la felicidad, porque la vida no es felicidad ni no felicidad; la vida es un complejo juego de múltiples espacios en el cual uno le apuesta a ser o no ser feliz. El otro señalamiento que tú hacías tiene que ver con la premisa de los mundos incluyentes para estar con los otros y retomar este constructo de la moratoria social, como una explicación que nos permite entender cómo con ciertas historias de vida algunos jóvenes asumen un tipo de responsabilidades y obligaciones más temprano que otros, pero que los otros asumen otro tipo de obligaciones diferentes a las otras y no por esto son más fuertes o más importantes unos que otros, sino que en últimas la moratoria social nos invita a ver que los jóvenes viven “a toda” y asumen “a toda” sus responsabilidades cuando así lo deciden. Creo que así nos pasa a todos los humanos.

Lo otro es que estamos haciendo referencia a comprender al joven como un ser contextual y contextualizado y que, en ese sentido, estamos viendo que esa comprensión de un joven con capacidades y recursos está saliendo de las ciencias sociales, pues, como ya lo habíamos señalado, se está asumiendo en política pública y en comprensiones religiosas, lo cual me parece interesante. Y también está reconocer al joven y no reducirlo a una sola dimensión, porque a veces así como algunas ciencias tienen su sesgo propio, como disciplinas, nosotros,

los psicólogos, también podemos creernos que el joven es solamente el mundo de lo psicológico. Pero tampoco es el mundo solamente de lo biológico, sino que implica otros mundos como lo antropológico, lo cultural, lo espiritual, etcétera, lo cual nos está invitando a replantearnos otra vez la diversidad y la complejidad.

En ese sentido, para que cerremos esta conversación y si me permiten, yo querría retomar algo que tú señalabas de Peter Blos: el dilema en el que nos encontramos nosotros los adultos para saber hasta dónde sí y hasta dónde no, dónde está el límite con el joven. La experiencia que hemos tenido con nuestros jóvenes, nos indica claramente —sin llegar a hacer generalizaciones— que los jóvenes se encuentran en una tendencia interesante: nos están reclamando autoridad, son jóvenes que están buscando adultos cercanos con autoridad y entonces hablo de la familia, pero no como padres amigos, sino como padres cercanos con autoridad en su rol de padres, no como padres que creen que ellos y sus hijos cogobiernan la familia, que pueden ser un estilo de familia por ejemplo, desde lo que plantea Giorgio Nardone (17), éste es un estilo y hay muchos estilos de familia que terminan generando mayor confusión en el joven. Esas familias, desde un estilo muy democrático y permisivo de cogobierno, generan confusión en el muchacho, en el joven, en el sentido de que no alcanzan a apreciar en sus padres unos roles y modelos de vida que les han enseñado y les han mostrado en su cotidianidad, pues son seres fuertes que toman decisiones y a los cuales sus hijos les pueden consultar cuando tienen problemas porque hacen sentir su autoridad y se cumple lo que los padres dicen, porque todo tiene un sentido y hay cosas que no son muy agradables para los hijos, pero que desde nuestra perspectiva consideramos que es necesario que se hagan y si nuestros hijos ven que nosotros somos capaces de mantenernos en lo que decimos y en lo que hacemos, terminan sintiendo que no tienen unos padres vulnerables y asustadizos, pues en últimas, si los consideran así, no se vuelven su red de apoyo inmediata cuando tienen problemas. Esta situación sucede en estas familias de cogobierno. Por el contrario, hemos encontrado otras familias que nos cuestionan pues en estas familias la premisa es que los padres nos sacrificamos por los hijos y con esto del cumplimiento de la lealtad, uno termina viendo que son hijos que aprenden, se vuelven muy buenos aprendices de estos legados familiares y se vuelven muy sacrificados, sacrificantes de sus propios sueños y proyectos personales, porque han visto que los afectos en las familias se transan de esa forma y terminan sacrificando sus proyectos de autonomía y de éxito profesional, con el temor de volverse casi abandonadores de sus padres.

El otro tipo de familias es el de padres muy lejanos a sus hijos, padres muy periféricos cuyos hijos han sido entregados a otros y son chicos que terminan reclamando la presencia con el mito de la familia, la presencia de unos padres más cercanos pero en últimas con un valor grandísimo sobre lo que implica amar y ser amado, y terminan encontrando en sus grupos de iguales lealtades que a veces son más interesantes que las que pueden encontrar en sus propias familias. Otro tipo de familia son las que se mueven con un estilo muy paternalista, que creen que el joven es muy niño y es muy chiquito y está en caos y en crisis, y los padres quieren envolverlos en una burbuja de cristal para que nadie les haga daño, para protegerlos. Lo que hacen es no permitirles que salgan al mundo, que es el escenario donde realmente se desarrollan habilidades y competencias sociales para saber qué hacen, hasta dónde se arriesgan y medir la relación de su comportamiento con el efecto de lo que hacen. Estos jóvenes terminan volviéndose cada vez más intimidados y asustados del mundo adulto.

En estas posibilidades, entonces nos preguntamos: ¿hay un estilo particular de ser familia que promueva el crecimiento de los hijos y de los padres y en este caso de los hijos jóvenes y de los padres? Y ¿podemos generar una reflexión sobre cómo y en qué estilos de adultos nos estamos moviendo con ellos, para encontrarnos en nuestros mundos?

- Paola: A la luz de lo que planteas de las familias y los jóvenes, quisiera retomar lo que sostiene Haley (18), desde la postura sistémica, que en esta etapa del ciclo vital familiar, surge una tarea que cobra importancia y es cómo separarse de sus hijos jóvenes y cómo lograr la emancipación, desde el estilo que cada familia tiene. Hay que tener en cuenta el mundo de la familia y el mundo del joven para ver cómo ellos logran salir para diversificar esos mundos, esas comprensiones, pero no son sólo los jóvenes quienes se tienen que emancipar, los adultos deben empezar a asumir esta tarea.

- Ana Elvira: Claro que no es lo mismo ser hijo de unos padres que me ven como hijo pequeño que ser hijo de unos padres que me ven como joven. En ese sentido, tu planteamiento es interesante. Hay ciertas tensiones en el ciclo vital de las familias con hijos jóvenes que se tienen que resolver; los padres tienen que volver a ser parejas, a centrarse en ser parejas, en sus mundos profesionales, en sus redes de amigos, en diversificar sus mundos para encontrarse también ellos mismos. Ya no necesitan tanto tiempo de dedicación, ya los hijos no necesitan tanto tiempo de control y seguimiento sino más un tiempo de acompañamiento. En ese sentido, pueden diversificar sus estilos de ser padres y lo mismo los hijos jóvenes aprenden y se vuelven muy competentes como jóvenes cuando tienen diversas experiencias, cuando conocen diversos estilos de jóvenes, cuando participan en

diversas actividades recreativas y culturales. Eso les va a permitir en últimas construir sus propios espacios, tomar decisiones, saber hasta dónde van, saber qué les gusta hacer, pero ahí requieren unos padres que se estén aproximando a sus mundos no sólo con la intención de controlar, sino de acompañar, guiar y orientar con un sentido claro de la autoridad y de la norma.

- Paola: Esto que estás mencionando no son sólo pistas para tener en cuenta dentro de la familia, sino del mundo adulto. En este cierre del tema, considero que debemos tener en cuenta cómo nosotros, los adultos, nos volvemos acompañantes de los jóvenes. De igual manera, nosotros, los psicólogos, cómo los acompañamos diversificando nuestra mirada frente a ellos, para que nos permitamos complejizar y co-construir nuestras miradas frente al mundo que nos rodea.

- Ana Elvira: En ese sentido, estás retomando de nuevo el constructo de la corresponsabilidad. Entre universidad/familia/Estado, somos corresponsales en el proceso de acompañamiento y formación del joven; ello me hace volver a la premisa de cómo ser corresponsables, reconociendo sus diversidades, reconociendo que necesitan vivir muchas experiencias vigentes, necesarias y válidas, así como nosotros tenemos que vivir otras. Y no por ese tipo de experiencias, pensar que son un problema o que están en una situación de crisis y confusión desde una perspectiva lineal, del déficit.

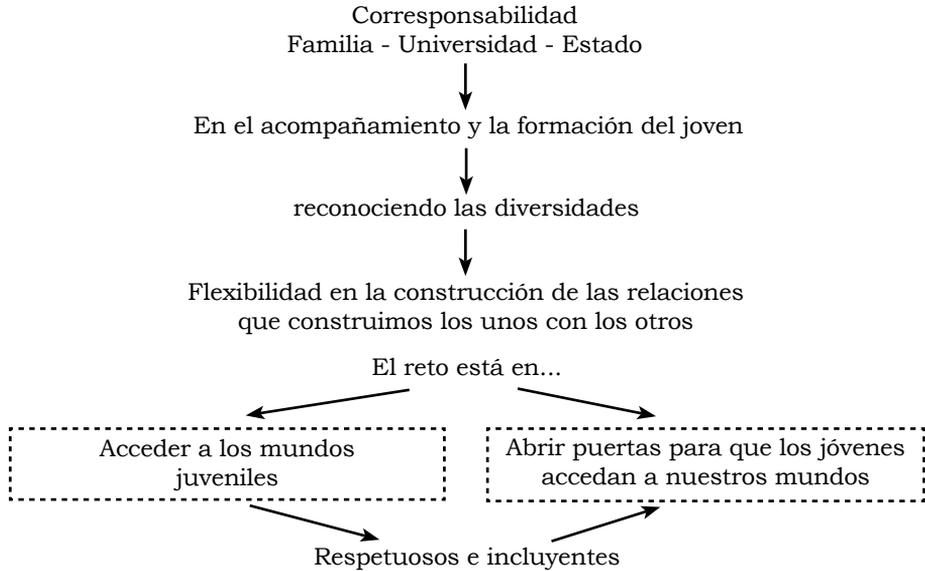
- Javier: Un mundo tan complejo como el de hoy para los jóvenes, adultos, niños y niñas, un mundo cada vez más exigente en términos de demandas, en tiempo, en dinero, en la inclusión a la tecnología, incluso en la redefinición de los ciclos vitales, tanto familiares e individuales, en este tiempo de la diversidad y en esa gama de temas que definitivamente implica esa relación entre los jóvenes, el mundo y “nuestro mundo”, exige tanto de nosotros como profesionales, como de las familias y del joven mismo una flexibilidad, en términos de las relaciones que construimos los unos con los otros, porque de alguna manera uno se da cuenta de que cuando se cristalizan esas relaciones también empiezan a emerger nuevas pautas que a veces imposibilitan o nos invitan a redefinir los estilos de vida que tenemos para con los otros.

Cierre y reflexiones finales de la conversación

- Ana Elvira: Esto nos invita más que llegar a “unas grandes conclusiones” a pensar sobre la urgencia de comprender y reconocer que el reto siempre está en acceder a esos mundos y abrir puertas para que

ellos accedan a los nuestros también, sin ser intrusivos, excluyentes desde el rótulo, que de alguna manera no facilitan mucho la convivencia entre estos actores (figura No. 5).

Figura 5. Corresponsabilidad y jóvenes



Fuente: elaboración de Ana Elvira Castañeda, con base en intervención en consejería psicológica con jóvenes universitarios, Fundación Universitaria Sanitas, 2006.

A manera de conclusión y respondiendo al título que hemos escogido para el artículo, quisiéramos sintetizar algunas ideas que nos parecen claves para promover encuentros entre estos dos mundos:

1. Reconocer al joven desde una mirada apreciativa, buscando sus capacidades, potencialidades y competencias.
2. Valorarlos como constructores, conquistadores y actores de su historia de vida, lo que los posiciona como agentes sociales y culturales activos.
3. Reconocer sus crisis y las nuestras como oportunidades para crecer en lo humano.
4. Legitimar desde nuestras conversaciones con ellos y otros adultos los diversos estilos de ser jóvenes, tanto como los diversos estilos de ser adultos, lo que implica aceptarnos como seres complejos y multidimensionales.
5. Reconocer que jóvenes y adultos estamos en permanentes procesos de coaprendizaje.

6. Validar el principio de construcción de identidad como metáfora de vida que invita al reconocimiento del otro desde su mundo.
7. Reconocer en nuestras historias de vida y en las de los jóvenes cuáles han sido las tensiones que han marcado “hitos” y que han hecho que sus historias y las nuestras tomen otros cursos.
8. Validar los dilemas y necesidades propias del ser joven e invitarlos a validar los dilemas y necesidades del ser adulto.
9. Aprender con ellos los sentidos que le conceden a la lealtad desde sus mundos juveniles, invitándonos a repensar nuestra coherencia al relacionarnos con otros, la legitimación de otro sujeto igual y diferente a mí, nuestras posturas éticas, estéticas y comunicacionales en la corresponsabilidad entre familia, jóvenes, universidad y Estado.
10. Invitarlos e invitarnos a ser incluyentes reconociendo la unidad en la diversidad.
11. Reconocer al joven como un ser contextual y contextualizado.

Referencias

1. Selekman Matthew D. Abrir caminos para el cambio. Gedisa. España: 1997. p. 31.
2. Pittman Frank S. Momentos decisivos, tratamiento de familias en situaciones de crisis. Paidós. Buenos Aires, Argentina: 1990, p. 29.
3. Maturana Humberto. El sentido de lo humano. Undécima edición, Dolmen Ediciones. España: 2002, p. 11.
4. Enfoque sistémico. Disponible en <http://www.clinicapsi.com/sistematico.html>. Información consultada el 16 de octubre de 2007.
5. Niño-Rojas Julio Abel. Modelos de formación en consultores sistémicos. En Estupiñán Mojica Jairo, Garzón Dora Isabel, Niño Rojas Julio Abel. Consultoría sistémica. Universidad Santo Tomás de Aquino, USTA. Bogotá: 2006. p. 53.
6. Blos Peter. Los comienzos de la adolescencia. Amorrortu Editores. Buenos Aires, Argentina: 1970. p. 14.
7. Erikson, Erik H. Identidad, juventud y crisis. Editorial Paidós. Buenos Aires, Argentina: 1974. p. 134-145.
8. Bourdieu Pierre. La juventud no es más que una palabra. En Sociología y Cultura. Grijalbo / Conaculta. Colección Los Noventa. México: 1990. p. 142.

9. Fishman Charles H. Tratamiento de adolescentes con problemas, un enfoque de terapia familiar. Paidós. Buenos Aires, Argentina: 1990. p. 20.
10. Margulis Mario. La juventud es más que una palabra. Editorial Biblos. Buenos Aires: 2004. p. 1-13.
11. Código de la infancia y la adolescencia. Ley 1098 del 8 de noviembre de 2006. República de Colombia. p. 11-21.
12. Papa Juan Pablo II, en Jornadas Mundiales de la Juventud. www.vaticano.com. Información consultada el 10 de octubre de 2007.
13. Mead Margaret. Adolescencia y cultura en Samoa. Paidós. Buenos Aires, Argentina: 1961. p. 11, 14.-152
14. Papa Juan Pablo II, en Carta apostólica del Papa Juan Pablo II a los jóvenes y a las jóvenes del mundo 31 de marzo de 1985. www.vaticano.com. Información consultada el 10 de octubre de 2007.
15. Cubides Humberto, Laverde María Cristina, Valderrama Carlos Eduardo (editores). Viviendo a toda: jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Varios autores. Universidad Central-DIUC. Siglo del Hombre Editores, 1998. p. 5-8.
16. Blos Peter. Los comienzos de la adolescencia. Amorrortu Editores. Buenos Aires, Argentina: 1970. p. 13.
17. Nardone Giorgio. Modelos de familia. Editorial Herder, Barcelona: 2003. Sistémico. p. 70-77.
18. Haley Jay. Trastornos de la emancipación juvenil y terapia familiar. Amorrortu Editores. Buenos Aires, Argentina: 1980 p. 17.